



“Reinventar la muerte. Prácticas mortuorias en el poblamiento de América”
p. 149-174

La invención de la muerte
Ensayo sobre el deceso humano
y los orígenes de la religión
Roberto Martínez González

México
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Figuras
(Antropológica 29)

Primera edición impresa: 2022

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2022

ISBN de PDF: [en trámite]

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

©2022: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

REINVENTAR LA MUERTE

PRÁCTICAS MORTUORIAS EN EL POBLAMIENTO DE AMÉRICA

ROBERTO MARTÍNEZ GONZÁLEZ
LUIS FERNANDO NÚÑEZ ENRÍQUEZ

Esa historia lineal que, hasta ahora, hemos intentado reconstruir se resquebraja definitivamente cuando nos enfrentamos a los datos procedentes del Nuevo Mundo pues, en lugar de notarse continuidad con la ya iniciada innovación, se aprecia una considerable simplificación de las prácticas culturales respecto de Eurasia.¹ ¿A qué se debe esto? Si como sostiene el ya citado modelo de la revolución cognitiva ese cambio en la mente humana fue necesario para que tuviera lugar el poblamiento de América,² ¿por qué observamos en los contextos arqueológicos tempranos de nuestro continente comportamientos más cercanos a los anteriores a la *revolución cognitiva*? ¿Acaso debemos imaginar la ocurrencia de una suerte de proceso de involución? Es llamativo que, mientras la relativa ausencia de arte visual en el neandertal es considerada por Mithen como evidencia de la falta de pensamiento simbólico, la misma situación entre los grupos clovis es tratada como algo poco significativo.³ ¿Sería tan descabellado plantear que también en nuestro continente tuvo que ocurrir una revolución de las mentalidades?

El tema de las prácticas mortuorias parece aquí particularmente significativo pues, a diferencia de lo ya observado, en el Nuevo Mundo se aprecia una evolución tan rápida que, en unos cuantos

¹ Para una crítica general al modelo de la “revolución cognitiva”, véase Larissa Mendoza Straffon, *Art in the Making. The Evolutionary Origins of Visual Art as a Communication Signal*, Leiden, Leiden University, 2014, p. 124-143.

² Ian Davidson, “The Archaeology of Cognitive Evolution”, *WIREs Cognitive Science*, v. 1, 2010, p. 215.

³ Steven Mithen, *The Singing Neanderthals. The Origins of Music, Language Mind and Body*, Cambridge, Harvard University Press, 2006, p. 249.

milenios desemboca en formas de tratamiento tan complejas como la momificación artificial. Comenzaremos por rastrear las posibles continuidades con los contextos funerarios de Eurasia. Continuaremos discutiendo las características de los más viejos depósitos conocidos de nuestro continente; recuperando la propuesta de Dillehay,⁴ dividiremos nuestras evidencias en dos periodos mayores, el Paleolítico (de 13 000 a 10 000 AP) y el Arcaico Temprano (de 10 000 a 8 000 AP), mostrando en cada caso la existencia de posibles patrones o regularidades en el tratamiento de los difuntos. Y, con apoyo en otras clases de evidencias, como las relativas a las estrategias económicas y el arte rupestre, mostraremos que, más allá de los posibles cambios cognitivos que se pudieran plantear, lo que hubo de ocurrir fue más bien una revolución social.

Antes de América

Los restos humanos son extraordinariamente raros en el Paleolítico Superior siberiano; los más antiguos son, probablemente, los dientes de dos varones encontrados en el sitio de Yana junto con miles de huesos animales, datados hacia 27 000 AP.⁵ Entre las muchas evidencias conocidas resalta la célebre sepultura de Mal'ta (22 000-20 000 AP), en las inmediaciones del lago Baikal, Irkutsk.⁶ El sitio de 800 m² se compone, a grandes rasgos, de un conjunto de viviendas semisubterráneas construidas con huesos largos de

⁴ Tom D. Dillehay, "The Late Pleistocene Cultures of South America", *Evolutionary Anthropology*, v. 7, n. 6, 1999, p. 206-216.

⁵ V. V. Pitulko *et al.*, "The Yana RHS Site: Humans in the Arctic Before the Last Glacial Maximum", *Science*, v. 303, 2004, p. 55; Martin Sikora *et al.*, "The Population History of Northeastern Siberia since the Pleistocene", *Nature*, v. 570, 2019, p. 186.

⁶ Luidmila Lbova, "Evidence of Modern Human Behavior in the Baikal Zone During the Early Upper Paleolithic Period", *Bulletin of the Indo-Pacific Prehistory Association*, v. 30, 2010, p. 9. Lo que tal vez sea consecuencia de la muy frecuente práctica de la exposición de cadáveres atestiguada en la documentación histórica y etnográfica. Roberte Hamayon, *Chamanismos de ayer y hoy. Seis ensayos de etnografía e historia siberiana*, selec. de textos y coordinación de la trad. de Roberto Martínez y Natalia Gabayet, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2011.

animales, astas de reno y, probablemente, recubiertas con pieles; en dicha área se han localizado múltiples piezas de arte mobiliario, entre ellas veinticuatro “Venus”, y, al interior de una choza, un doble entierro infantil.⁷ La sepultura se encuentra enmarcada por dos lajas de piedra y estaba recubierta por otra; la osamenta principal estaba muy deteriorada, pero fue posible reconocer que correspondía a un infante de alrededor de tres años de edad (MA-1), colocado en posición fetal y orientado en el eje noreste-sudeste. Se tiene noticia de la presencia de segmentos de un segundo individuo, un neonato, pero la información es poco detallada. El ajuar que acompañaba a MA-1 es extraordinariamente rico; y, entre los múltiples artefactos registrados se cuentan un círculo de huesos a modo de diadema, conchas sobre los miembros inferiores y superiores, un brazalete de marfil de mamut, 112 cuentas alrededor del cuello con colgantes, un pendiente cruciforme y un botón adornado de incisiones onduladas. Se localizaron igualmente manchas de ocre rojo sobre su costado izquierdo y la espalda.⁸

Por su proximidad al estrecho de Bering, resultan igualmente importantes los hallazgos realizados en los cinco sitios a cielo abierto, datados hacia 13 000 AP, que se han localizado en la parte sur del lago Ushki, Kamchatka. Como en el caso anterior, también en esta zona se han interpretado los vestigios reconocidos como asentamientos semipermanentes; de entre éstos, el mejor conocido es Ushki I —un poblado en el que, cuando menos, hubieron de erigirse dieciséis viviendas.⁹ Entre las estructuras habitacionales, se encontraron dos depósitos mortuorios: el primero de ellos se encuentra

⁷ Robert G. Bednarik, “The Pleistocene Art of Asia”, *Journal of World Prehistory*, v. 8, n. 4, 1994, p. 362-371.

⁸ Carme Olària, “Restos y tumbas infantiles y juveniles en la prehistoria europea: del Musteriense al Mesolítico”, en Francesc Gusi i Jener, Susanna Muriel, Carmen Rosa Olària Puyoles (eds.), *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra: la muerte en la infancia*, Castellón, Diputació de Castelló, Servei d’Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques, 2008, p. 412.

⁹ Ted Goebel, Sergei B. Slobodin y Michael R. Waters, “New Dates from Ushki-1, Kamchatka, Confirm 12 000 cal BP Age for Early Paleolithic Occupation”, *Journal of Archaeological Science*, v. 37, 2010, p. 2640; Ted Goebel, Michael R. Waters y Margarita Dikova, “The Archaeology of Ushki Lake, Kamchatka, and the Pleistocene Peopling of the Americas”, *Science*, v. 301, 2003, p. 501.

entre las casas y presenta a un individuo adulto, sólo reconocible por las marcas dejadas por los huesos, colocado en un foso delimitado con piedras; los restos parecen haber estado salpicados de ocre y debieron de acompañarse de ornamentos y herramientas de piedra. Y el segundo, también en un foso exterior, consta de una pequeña cavidad con dos esqueletos infantiles igualmente estarcidos de ocre y asociados a herramientas microlaminares y dientes de lemming. A ello se suma todavía el entierro de un perro al interior de una de las casas; éste también parece haber sido rociado con pigmento y se encuentra vinculado con un par de herramientas líticas y un platillo en arenisca.¹⁰

Se conocen, además, evidencias de inhumación de segmentos corporales animales, en Khotyk, Transbaikal (fechado entre 32 000 y 38 000 AP),¹¹ y humanos, en sitios de las inmediaciones del río Yenisei como Afontova-Gora II (datado en 17 075-16 750 AP) y Novoselovo VI (fechado en 11 600 ± 500 AP).¹²

El análisis filogenético del ADN mitocondrial del niño de Mal'ta (MA-1) reveló la presencia de un vínculo con las antiguas poblaciones cazadoras-recolectoras del Paleolítico Superior y el Mesolítico europeos (a través del haplogrupo U sin afiliación con ninguna subclade). Mientras que el estudio del cromosoma Y del mismo individuo reveló un parentesco con las actuales sociedades amerindias (donde se nota la proximidad entre el haplogrupo R de MA-1 y el Q de los nativos americanos); vale decir que también los análisis genéticos del niño de Anzik, Montana, y el esqueleto de Hoyo Negro, Tulum, revelaron posibles vínculos con el Asia

¹⁰ Nikolai N. Dikov, *Early Cultures of Northeastern Asia*, trad. de Richard L. Bland, Anchorage, U. S. Department of the Interior, National Park Service, Shared Beringian Heritage Program, 2004, p. 20-21; Ted Goebel y Ben A. Potter, "First Traces: Late Pleistocene Human Settlement of the Arctic", en Owen Mason y Max Friesen (eds.), *Handbook of Arctic Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, p. 239-240.

¹¹ Lbova, "Evidence of Modern Human Behavior...", p. 10.

¹² Alexey Okladnikov, *Ancient Population of Siberia and Its Cultures*, Cambridge, The Peabody Museum, 1959, p. 10; Ted Goebel, "Siberian Late Upper Paleolithic", en Peter N. Peregrin y Melvin Ember (eds.), *Encyclopedia of Prehistory. Volume 2. Arctic and Subarctic*, Nueva York, Kluwer, 2001, p. 186-191.

septentrional.¹³ Las investigaciones realizadas en los restos de un individuo procedente de Afontova Gora (AG-2) arrojaron resultados bastante similares, ya que muestran mayor proximidad con los amerindios (los karitiana de Brasil) que con los grupos del este de Asia (los han de China).¹⁴ Ninguno de estos datos permite establecer con certeza el número de migraciones que pudo ocurrir entre el Viejo y el Nuevo Mundo —y tampoco explica del todo la presencia en la antigua América de dos diferentes tipos de morfología craneana—,¹⁵ pero sugiere la existencia de un flujo poblacional en sentido oeste-este que habría llevado tanto al poblamiento de Siberia como al posterior paso por el estrecho de Bering. Difícilmente pudiera establecerse, al momento actual, la plena continuidad entre las prácticas mortuorias de ambos continentes; lo cierto es que, al menos ocasionalmente, algunos de sus más tempranos depósitos llegan a compartir características como el estarcido de ocre —presente en sitios americanos tan lejanos como Upward Sun River, Alaska, Anzik, Montana, Arch Lake, Nuevo México, Sueva I (Colombia) y Pampa de los Fósiles (Perú).

Prácticas mortuorias del Paleoindio, antes de 10 000 AP

Aun cuando todavía nos resulta difícil establecer el momento en que se produjo el primer poblamiento de América, hoy contamos con múltiples evidencias de la presencia de *Homo sapiens* con-

¹³ Sikora *et al.*, “The Population History...”, p. 7; David J. Meltzer, *First Peoples in a New World*, Londres/Berkeley/Los Ángeles, University of California Press, 2009; Michael Balter, “Bones from a Watery ‘Black Hole’ Confirm First American Origins”, *Science*, v. 344, 2014, p. 680-681; James J. Chatters *et al.*, “Late Pleistocene Human Skeleton and mtDNA Link Paleoamericans and Modern Native Americans”, *Science*, v. 344, 2014, p. 750-754.

¹⁴ Maanasa Raghavan *et al.*, “Upper Paleolithic Siberian Genome Reveals Dual Ancestry of Native Americans”, *Nature*, v. 505, 2014, p. 87-89; Ted Goebel, Michael R. Waters y Dennis H. O’Rourke, “The Late Pleistocene Dispersal of Modern Humans in the Americas”, *Science*, v. 319, 2008, p. 1497.

¹⁵ Walter A. Neves y Danilo V. Bernardo, “A origem do homem americano vista a partir da América do Sul: uma ou duas migrações?”, *Revista de Antropologia*, v. 50, n. 1, 2007, p. 12, 19-22.

temporáneas al último máximo glaciario, de 20 000 a 10 000 AP.¹⁶ Generalmente, los sitios más tempranos conocidos en ambos hemisferios se vinculan con actividades económicas como la caza, el destazamiento o la talla de herramientas, y su temporalidad oscila entre los 16 500 y los 10 000 AP; entre éstos destacan Meadowcraft Rockshelter, Pennsylvania; Schaefer y Hebior, Winsconsin; Topper, Carolina del Sur; Paisley Caves, Oregon; Page-Ladson, Florida; Butter Milk Creek, Texas; Taima-Taima, Venezuela; El Abra, Colombia; Ayacucho, Pachamachay y Telarmachay, Perú; Lapa do Boquete, Pedra Pintada y Lagõa Santa, Brasil; Fell's Cave, Cueva del Medio, Tagua y Monte Verde, Chile; y Piedra Museo, Cerro Tres Tetas, Cueva Casa del Minero, Los Toldos y Alero Tres Arroyos, Argentina.¹⁷ Sin embargo, los depósitos mortuorios más antiguos hasta ahora conocidos, los encontrados en las cuevas de Tulum, se ubican

¹⁶ Existen por todo el continente algunos sitios cuyas dataciones suponen la presencia del hombre en un periodo previo; la mayoría, sin embargo, resultan bastante discutibles. Entre éstos figuran Tlapacoya, centro de México, con supuestos 33 000 años de antigüedad; Pedra Furada, Piauí, con pretendidos 48 500 años, y Toca da Esperança, Bahía, con muy improbables 300 000 años. Caso excepcional es el recientemente descubierto sitio zacatecano de la Cueva del Chiquihuite, donde aparentemente se cuenta con dataciones confiables que superan 30 000 AP. José Luis Lorenzo y Lorena Mirambell, "The Inhabitants of Mexico during the Upper Pleistocene", en Robson Bonnichsen y Karen L. Turnmire (eds.), *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations of the First Americans*, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, College Station, Texas A&M University Press, 2005 [1999], p. 482-496; Pedro Ignácio Schmitz, "O pavimento pleistocênico do Brasil", *Revista de Arqueologia Americana*, n. 1, 1990, p. 40; Maria Beltrão, "Datações arqueológicas mais antigas do Brasil", *Anais da Academia Brasileira de Ciências*, v. 45, n. 2, 1974, p. 211-251; Joaquín Arroyo y Ciprian Ardelean, "Cueva del Chiquihuite, un nuevo sitio arqueológico-paleontológico en el noroeste de Zacatecas", *Paleontología Mexicana*, n. especial 2: *Libro de resúmenes XV Congreso Nacional de Paleontología*, 2017, p. 8.

¹⁷ Véanse, entre otros, Yuri Romero Picón, "Apuntes sobre el patrimonio cultural precerámico de Colombia", *Boletín de Arqueología*, n. 2, 1996, p. 7-8; Gustavo Politis, Luciano Prates y S. Iván Pérez, *El poblamiento de América. Arqueología y bioantropología de los primeros americanos*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2009; Ruth Gruhn y Alan Bryan, "A Current View of the Initial Peopling of the Americas", en Denis Vialou (ed.), en *Peuplement et préhistoire en Amériques*, Paris, Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 2011; Aurelio Maragoni, David Caramelli y Giorgio Manzi, "Homo sapiens in the Americas. Overview of the Earliest Human Expansion in the New World", *Journal of Anthropological Sciences*, v. 92, 2014, p. 79-97.

hacia 13 000 AP e, interesantemente, su aparición parece más o menos coincidir cronológicamente con la de las primeras artes. Existen en el continente varios sitios con manifestaciones pictóricas de apariencia muy antigua pero, a excepción de Toca do Baixao do Perna I, Brasil —donde se fechó una bola de pigmento aparentemente usada como ornamento en $15\,250 \pm 335$ AP—, la mayoría de los que han sido más confiablemente datados no superan las ciento veinte centurias de antigüedad; entre éstos sobresalen los grabados esquemáticos de Mud Portage, Ontario; Hensler Petroglyph Site, Winsconsin; Lapa do Santo, Brasil, y la Cueva Epullán Grande, Argentina, todos ellos con unos 10 000 años de antigüedad, así como los petrograbados del desierto de Mojave, con datas de alrededor de 11 100 AP y la escultura en hueso de camélido de Tequiquiac, México, con al menos 12 000 AP.¹⁸

¹⁸ Schmitz, “O povamento pleistocênico do Brasil”, p. 39; Bradley T. Lepper, “Pleistocene Peoples of Midcontinental North America”, en Robson Bonnichen y Karen L. Turnmire (eds.), *Ice Age Peoples of North America. Environments, Origins, and Adaptations of the First Americans*, College Station, Texas A&M University Press, Center for the Study of the First Americans, Department of Anthropology, 2005 [1999], p. 377; Jean Guffroy, *El arte rupestre del antiguo Perú*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos/Institut de Recherche pour le Développement, 1999, p. 16-17; David S. Whitley y Ronald I. Dorn, “The Earliest Rock Art in Far Western North America”, en Jean Clottes (dir.), *L’art pléistocène dans le monde, Actes du Congrès IFRAO, Symposium “Art pléistocène dans les Amériques”, Tarascon-sur-Ariège, septembre 2010*, Tarascon-sur-Ariège, Société Préhistorique Ariège-Pyrénées, 2012, p. 586; Walter A. Neves *et al.*, “Rock Art at the Pleistocene/Holocene Boundary in Eastern South America”, *PLoS One*, v. 7, n. 2, 2012, p. 2; Arias *et al.*, “Grabados del Holoceno Temprano en la Cueva Epullán Grande, Provincia del Neuquén, Argentina: nuevas investigaciones”, en Jean Clottes (dir.), *L’art pléistocène dans le monde, Actes du Congrès IFRAO, Symposium “Art pléistocène dans les Amériques”, Tarascon-sur-Ariège, septembre 2010*, Tarascon-sur-Ariège, Société Préhistorique Ariège-Pyrénées, 2012, p. 138; Robert G. Bednarik, “Pleistocene Paleart of the Americas”, *Art*, v. 3, 2014, p. 190-206. Aunque también tenemos conocimiento de las cazoletas o cupules de Sandy Creek I, Queensland, supuestamente datados entre 32 000 y 40 000 AP. Bednarik, “Pleistocene Paleart of the Americas”, p. 192. Recientemente, se ha dado a conocer la existencia de un friso rupestre en La Lindosa, Colombia, que, supuestamente presenta imágenes de fauna pleistocénica y estaría datado en 12 600 AP. Jack Guy, “Descubren espectacular friso gigante de bestias de la Era del Hielo en el Amazonas colombiano”, *CNN Español*, México, 2 de diciembre de 2020, <https://cnnespanol.cnn.com/2020/12/02/descubren-espectacular-friso-gigante-pinturas-de-bestias-de-la-era-del-hielo-en-el-amazonas/> (consultada: 8 de diciembre de 2020). Las

Buena parte de las evidencias mortuorias relativas a dicho periodo se corresponde con excavaciones de bastante antigüedad y, por consiguiente, no es extraño encontrarse con registros incompletos, dataciones dudosas o pérdidas de información. Esto es, por supuesto, lo que sucede con los restos humanos reunidos por Ameghino en Arroyo de Frías pues, aunque hoy contamos con fechamientos radiocarbónicos directamente obtenidos de los huesos —12750-11750 u 11200-10550 AP—, nos faltan casi todos los datos sobre su contexto.¹⁹ La duda en el caso del hallazgo de J69E, La Ballena 3, Baja California Sur, proviene del hecho de que la única datación conocida fue realizada en una concha que no presenta evidencia alguna de intervención antrópica.²⁰ Y cosas semejantes suceden con las osamentas de Lapa do Acácio, Lagoa Santa, para la que no se cuenta con dataciones.²¹

Aun excluyendo aquellos contextos arqueológicos problemáticos, resulta evidente que las poblaciones más tempranas del septentrión americano no siempre sepultaron a sus difuntos. Es posible que tales individuos simplemente hayan sido abandonados en los lugares mismos de su fallecimiento —como cuando, tras una muerte accidental o violenta, no se logran recuperar los cuerpos— o que, por el contrario, se les hubiera abandonado deliberadamente; lo cierto es que todos ellos se caracterizan por un pobre estado de conservación, la falta de posiciones claramente reconocibles, su estado fragmen-

imágenes disponibles, no obstante, no permiten la identificación indudable de megafauna y, a falta de una publicación académica al respecto, parece pertinente cierta cautela.

¹⁹ Gustavo G. Politis, Gustavo Barrientos y Thomas W. Stafford Jr., “Revisiting Ameghino: New c14 Dates from Ancient Human Skeletons from the Argentine Pampas”, en Denis Vialou (ed.), *Peuplement et préhistoire en Amériques*, París, Éditions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 2011, p. 46-49.

²⁰ Harumi Fujita, “Informe final del proyecto ‘El poblamiento de América visto desde la Isla Espíritu Santo, B. C. S.’”, México, Archivo Técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006; Harumi Fujita y Antonio Porcayo Michelini, “Poblamiento de la península de Baja California”, en Eduardo Corona Martínez y Joaquín Arroyo Cabrales (eds.), *Perspectivas de los estudios de prehistoria en México. Un homenaje a la trayectoria del ingeniero Joaquín García-Bárcena*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2014, p. 113.

²¹ André Menezes Strauss, *As práticas mortuárias dos caçadores-coletores pré-históricos da região de Lagoa Santa (MG): um estudo de caso do sítio arqueológico “Lapa do Santo”*, tesis de maestría en Ciencias, São Paulo, Universidade de São Paulo, 2010, p. 19.

tario y la ausencia de objetos asociados claramente identificables. Tales son los casos de los restos de Namu, Columbia Británica; Pelican Rapids, Minnesota; Gore Creek, Colorado; Warm Mineral Springs, Florida; Peñón de los Baños, Xico, Tlapacoya y Chimalhuacán, centro de México, y El Templo, en la península de Yucatán.

En los dieciocho casos en los que ha sido posible reconocer evidencias de depósito en el norte del continente se destaca una amplia variedad de prácticas. Se han localizado restos óseos tanto en sitios a cielo abierto —Upward Sun River y White Water Draw— como en cuevas profundas —Naharon, Sac Actún, Chan Hol, Moaning Cavern y Fish Bone Cave— y abrigos rocosos —Anzik, Buhl, Mostin, Archlake y Crawfield—. Tenemos noticia de cuerpos que fueron colocados sobre la superficie en California —Moaning Cavern— y todos los ejemplos de la zona de la península de Yucatán —Naharon, Sac Actún y Chan Hol—; exposición al fuego en regiones tan distantes como Ontario, Nevada y Alaska —Upward Sun River, Fishbone Cave y Crawfield—, e inhumaciones en fosas sobre todo en sitios occidentales —White Water Draw, Mostin y Arch Lake, en el suroeste de EUA; Buhl y Anzik, en el noroeste, y Upward Sun River, Alaska—. Los esqueletos semicompletos prevalecen sobre los parciales —doce contra seis— y, entre las posiciones identificadas, sobresalen —con cinco y un ejemplos— los que están en decúbito dorsal sobre los que están en decúbito lateral, y las flexionadas sobre las extendidas —cuatro contra una—. Resulta notable la escasez de restos infantiles en la población representada pues, además de que sólo contamos con cuatro ejemplos, tres de ellos provienen de un mismo sitio —Upward Sun River y el resto de Anzik—. En todos ellos se nota, sin embargo, que estuvieron sujetos a un tratamiento especial: uno de ellos fue cremado, lo que requiere una considerable inversión de trabajo; los restantes se encontraban estarcidos con ocre y dos de ellos se acompañaban de objetos suntuarios —más de cien herramientas líticas en Anzik y astas decoradas y artefactos en Upward Sun River—. No tenemos noticia del registro de sujetos claramente identificados como seniles y, en la población que ha sido posible sexar, resultan llamativamente más cuantiosos los restos femeninos que los masculinos —nueve contra tres— (véase el cuadro 5).

Aunque la muestra disponible para el sur del continente es más pequeña, sólo nueve individuos, la información muestra comportamientos similares a los del septentrión pues, aunque la mayor parte de los restos fueron hallados en abrigos rocosos —en Santana do Riacho, Toca dos Coqueiros y Cerca Grande, Brasil, y Sueva I, Colombia— también se les ha localizado en cavernas —Gruta Candonga, Argentina— y campamentos a cielo abierto —en La Pampa de los Fósiles, Perú—. Entre los esqueletos registrados encontramos tanto los que se ubican en fosas cuidadosamente preparadas —en Toca dos Coqueiros y Cerca Grande, Brasil— como aquellos en los que no resulta claro que se llevara a cabo una inhumación. Este último es el caso de Pampa de los Fósiles y Gruta Candonga, donde no se tiene noticia para este periodo de la práctica de la cremación. No obstante, las evidencias más tempranas —datadas hacia 9760 AP y procedentes de Tequendama, Colombia— parecen muy cercanas. Los individuos semicompletos son más numerosos que los fragmentarios —cinco contra cuatro; y, entre las posiciones, dominan las que están en decúbito lateral —en todos los casos en que se pudo establecer— y las flexionadas sobre las extendidas —en cinco y un casos, respectivamente—. Los restos infantiles son tan escasos como en Norteamérica, sólo dos procedentes de Gruta Candonga y Pampa de los Fósiles pero, en lugar de tratarse de depósitos ricamente acompañados de piezas valiosas, uno de ellos sólo se encontraba asociado a una vértebra de pescado y el otro estaba representado por un único fragmento de cráneo. Para el meridión sí se cuenta con un esqueleto parcial de un individuo claramente senil —en Arroyo de Frías— y otro cuya edad oscila entre los 35 y 45 años —en Toca dos Coqueiros—; la mayoría de los restos no se encuentran sexados, pero también aquí parecen ser más los femeninos que los masculinos —tres contra uno (véase el cuadro 5).

Los datos más fiables en nuestra muestra dan cuenta de algunos cambios significativos a nivel continental. Los restos anteriores a 12000 AP coinciden en su resguardo en cavidades naturales, el haber sido colocados directamente sobre los pisos y el tratarse de depósitos individuales y primarios. En los contextos conocidos para el periodo comprendido entre 11670 y 11000 AP se observa la aparición de entierros colectivos, la mayor presencia de objetos asociados y

casos en los que los restos fueron intencionalmente recubiertos con tierra; estos dos últimos rasgos sugieren una intencionalidad propiamente funeraria. El número de sepulturas aumenta entre 10 960 y 10 000 AP; se nota una mayor utilización de sitios a cielo abierto, el uso de fosas se torna más recurrente y se presentan por primera vez evidencias de cremación y manipulación secundaria.

Observamos, en todo caso, que las prácticas registradas en el Pleistoceno americano son tan variables que difícilmente podríamos establecer patrones regionales. Existen, sin embargo, algunos elementos que parecen especialmente repetitivos; entre éstos sobresalen la preferencia por sepultar mujeres adultas más que infantes o varones, la prevalencia de la inhumación sobre la cremación, la predilección por los abrigos rocosos como espacios mortuorios, la mayor frecuencia de entierros primarios frente a los secundarios y el más común acompañamiento de objetos utilitarios ante los ornamentales. Resulta evidente, no obstante, que veintiséis depósitos mortuorios no pueden ser considerados como representativos de las actividades desarrolladas a lo largo de tres mil años; de modo que, si hubiéramos de plantear alguna constante, ésta más bien sería la ausencia de vestigios —algo similar a lo observado en Siberia—. Es difícil establecer si la falta de evidencias es producto de la ausencia de prácticas funerarias o si, por el contrario, es resultado de complejos rituales específicamente dirigidos a conseguir la desaparición de los cuerpos; lo cierto es que, en este periodo, los contextos funerarios parecen caracterizar eventos inhabituales.

La muerte en el Arcaico Temprano, 10 000 a 8 000 AP

En el paso del Pleistoceno al Holoceno, se observa en los contextos arqueológicos una serie de modificaciones en las estrategias económicas y los patrones de asentamiento que hubieron de dirigirse a una mejor adaptación a los cambios climáticos. Las respuestas parecen sumamente variables pero, a nivel continental, se registran algunos fenómenos recurrentes; entre éstos, destacan el incremento en la densidad de los asentamientos, la diversificación en la explotación de recursos, una mayor variedad tecnológica y la

reducción en la movilidad,²² y eventualmente, la domesticación —tal vez, hacia 10 000 AP, para la calabaza en Ecuador,²³ y 8 700 AP para el maíz, en la cuenca del Balsas, México.²⁴ Junto con estos ajustes en las dinámicas socioeconómicas, notamos, en este mismo periodo, el surgimiento en algunas regiones de las primeras tradiciones mortuorias; esto ocurre, interesantemente, al tiempo que emergen en diversas latitudes estilos artísticos rupestres más definidos —tal es, por ejemplo, el caso de la Tradición Nordeste, en Piauí, Brasil, con una data aproximada de 10 000 AP;²⁵ de la Tradición

²² Véanse, por ejemplo, Schmitz, “O povamento pleistocênico do Brasil”; Charlotte Beck y George T. Jones, “The Terminal Pleistocene/Early Holocene Archaeology of the Great Basin”, *Journal of World Prehistory*, v. 11, n. 2, 1997, p. 161-236; Christophe Ellis *et al.*, “Archaeology of the Pleistocene-Holocene Transition in Eastern North America”, *Quaternary International*, v. 49-50, 1998, p. 151-166; Dillehay, “The Late Pleistocene Cultures...”, p. 206; Tom D. Dillehay *et al.*, “Localization and Possible Social Aggregation in the Late Pleistocene and Early Holocene on the North Coast of Peru”, *Quaternary International*, n. 109-110, 2003, p. 3-11; E. Karen Stothert, Dolores R. Piperno y Thomas C. Andres, “Terminal Pleistocene/Early Holocene Human Adaptation in Coastal Ecuador: The Las Vegas Evidence”, *Quaternary International*, v. 109-110, 2003, p. 23-43; Anthony Ranere y Carlos E. López, “Cultural Diversity in Late Pleistocene/Early Holocene Populations in Northwest South America and Lower Central America”, *International Journal of South American Archaeology*, v. 1, 2007, p. 25-31; Jon M. Erlandson, Madonna L. Moss y Matthew des Lauriers, “Life on the Edge: Early Maritime Cultures of the Pacific Coast of North America”, *Quaternary Science Reviews*, n. 27, 2008, p. 2232-2245.

²³ Dolores R. Piperno y Karen E. Stothert, “Phytolith Evidence for Early Holocene Cucurbita Domestication in Southwest Ecuador”, *Science*, v. 299, 2003, p. 1054-1057.

²⁴ Anthony J. Ranere *et al.*, “The Cultural and Chronological Context of Early Holocene Maize and Squash Domestication in the Central Balsas River Valley, Mexico”, *Proceedings of the National Academy of Science*, v. 106, n. 13, 2009, p. 5014-5018. No pretendemos, evidentemente, establecer ninguna tendencia general al respecto pues, cuando se trabaja a una escala temporal y geográfica tan amplia, resulta inevitable encontrar infinidad de discordancias. Ejemplo de ello es la región de la Pampa y la Patagonia argentinas, una zona en la que, en lugar de optarse por la diversificación de los recursos explotados, parece haberse preferido la especialización. Laura Miotti y Mónica Salemme, “Biodiversity, Taxonomic Richness and Specialist-Generalist during Late Pleistocene/Early Holocene Times in Pampa and Patagonia (Argentina, Southern South America)”, *Quaternary International*, v. 53-54, 1999, p. 53-68.

²⁵ Niède Guidon y Cristiane Buco, “Zone 3: Brésil-Nordeste-états du Piauí, Pernambuco, Rio Grande do Norte et Paraíba”, en *ICOMOS World Heritage Convention. Rock Art of Latin America and the Caribbean. Thematic Study*, París, International Council on Monuments and Sites, 2006, p. 123.

Andina, presente en Chile, Perú, Bolivia y Argentina, para la que se tiene una fecha de $9\ 580 \pm 160$ AP;²⁶ del arte de la Cuenca del Río de la Plata, que suponen haberse originado entre 9 000 y 8 000 AP;²⁷ de la Tradición Patagónica, entre 8 000 a 7 000 AP,²⁸ del arte de la cuenca del alto río Guapore (Brasil), fechado hacia 10 000,²⁹ de las manifestaciones plásticas del valle del río Peraçu, entre 9 000-7 000 AP,³⁰ y del Gran Mural de Baja California, México, para el que se cuenta con una datación cercana a 9 000 AP.³¹

En lo relativo a los contextos específicamente mortuorios, lo que se observa a nivel continental es una cierta continuidad con las prácticas del periodo anterior; es decir, escasos hallazgos de restos humanos asociados a una amplia variedad de formas de tratamiento. La región de Lagõa Santa, Minas Gerais, Brasil, y la costa de Chile; sin embargo, dan cuenta de un fenómeno muy diferente, ya que, tanto por la abundancia de los vestigios como por la relativa regularidad de los comportamientos observables, es posible sostener que en ella hubo de desarrollarse una verdadera tradición funeraria. Iniciaremos, pues, por presentar las cualidades generales de ambos subcontinentes y continuaremos mostrando la singularidad del caso brasileño.

En Norteamérica los depósitos siguen siendo pocos en relación con la amplitud del periodo y el terreno comprendidos —treinta y seis contextos de este tipo en veintiún sitios—. Los espacios elegidos son similares a los del periodo anterior, cuevas profundas —On Your Knees Cave, Spirit Cave y Las Palmas—, abrigos rocosos

²⁶ Guffroy, *El arte rupestre del antiguo Perú*, p. 18.

²⁷ María Mercedes Podestá, “Zone 5: West-South-West and Southern South America: Chile, Argentina, Uruguay”, en *ICOMOS World Heritage Convention. Rock Art of Latin America and the Caribbean. Thematic Study*, París, International Council on Monuments and Sites, 2006, p. 153.

²⁸ Guffroy, *El arte rupestre del antiguo Perú*, p. 17.

²⁹ *Ibidem*, p. 18.

³⁰ André Prous y Loredana Ribeiro, “Zone 3: Brésil (État du Piauí et sertão de Serido exceptés)”, en *ICOMOS World Heritage Convention. Rock Art of Latin America and the Caribbean. Thematic Study*, París, International Council on Monuments and Sites, 2006, p. 115.

³¹ Roberto Martínez, Ramón Viñas y Larissa Mendoza, “Cueva de la Serpiente. Los ofidios con cuernos en la iconografía rupestre de Mulegé, Baja California Sur, México”, *Arqueología*, v. 40, 2009, p. 23.

—Marmes Rockshelter, Gordon Creek y Grimes Shelter— y sitios a cielo abierto —Kennewick, Wilson Leonard y Brown’s Valley—. Se nota, sin embargo una peculiaridad de gran interés: esta es la aparición de una localidad con un número inusualmente elevado de restos humanos; nos referimos a Marmes Rockshelter y Marmes Floodplain, con diez individuos colocados en alrededor de cuatrocientos años, un sitio en el que la totalidad de los cuerpos fueron expuestos al fuego.³² En el resto del subcontinente tienden a dominar los entierros primarios sobre los restos desarticulados y las cremaciones —con 19, 5 y 2 ejemplares, respectivamente—; lo interesante aquí es que las zonas en las que se ubica esta última forma de tratamiento parecen, *grosso modo*, coincidir con las del Paleoindio —el oeste de Estados Unidos y la región de los Grandes Lagos—. La gran mayoría de los depósitos son individuales; sólo uno es colectivo, con un adulto masculino y un subadulto femenino, en Horn Shelter, Texas. Las posiciones en las que se registran los entierros primarios son muy variables; destaca, no obstante, el hecho de que, en la región de Texas y Colorado —Horn Shelter, Gordon Creek y Wilson Leonard— los cuatro ejemplares conocidos hayan aparecido en decúbito lateral izquierdo, vale añadir que tres de ellos fueron sexados como femeninos. A ello se suma el recurrente uso en la zona de fosas recubiertas con piedra y el eventual uso de colorantes en las mismas. La distribución de los individuos por edad y sexo también presenta cambios de gran interés pues, aunque los restos infantiles y seniles continúan siendo inusuales —ningún neonato y sólo siete de entre 6 y 14 años; ningún esqueleto de más de 50 años y sólo cuatro mayores de 40—, se observa que la proporción entre varones y féminas es ahora cercana a la equidad —contándose once mujeres y quince hombres—. El tratamiento de los menores presenta igualmente una nueva particularidad; todos ellos, sean cremados, desarticulados o en inhumaciones primarias, fueron localizados al interior de abrigos rocosos y, significativamente, la mayoría de

³² A ello también pudiera sumarse el sitio de Mostin, donde se encontraron más de cien esqueletos arruinados por la erosión; claro que, al no contarse con dataciones ni registros confiables, resulta imposible, de momento, establecer si estos restos corresponden o no al periodo de nuestro interés.

los siete registrados para esta época provienen de la misma zona, el noroeste —4 en Washington, 1 en Nevada, 1 en Montana y sólo 1 más en Texas—. Las clases de objetos asociados a los muertos, por último, son semejantes a las del horizonte más antiguo; se encuentran, sobre todo, instrumentos líticos, ornamentos de concha y, esporádicamente, textiles. Un cambio notable al respecto es la visible disminución en el porcentaje de restos estarcidos con ocre —5 de 36 en el Holoceno Temprano frente a 4 de 18 en el Pleistoceno— y su prioritaria localización en la zona de Colorado y Texas. Lo que vemos en síntesis es que, aun cuando todavía se nota mucha variabilidad, ahora comienzan a verse algunas características que parecen especialmente recurrentes en sitios o regiones particulares; las cremaciones en el noroeste, los entierros infantiles en abrigos en el noreste, las colocaciones sobre el piso en la península de Yucatán y las féminas en decúbito lateral izquierdo en el sureste de EUA (véase el cuadro 6).

Para Sudamérica contamos con treinta y cuatro depósitos distribuidos en diecinueve sitios; se ubican en abrigos rocosos —como en Tequendama, Pedra do Alexandre y Quirihuach—, cuevas —Hui-chichocana, Tres Ventanas y Cueva Baño Nuevo— y campamentos a cielo abierto —Acha 3, La Chimba y Justino—. En algunos casos, dichos espacios fueron utilizados para la colocación de restos humanos en más de una ocasión —lo que se ve en siete sitios— y, en otros, lo que se reporta es el hallazgo de entierros colectivos —también en siete ocasiones—; pareciera, pues, que en este periodo hubiera un mayor énfasis en la expresión de lo social. La mayor parte de los depósitos suelen ser enterramientos primarios —lo que corresponde a quince de los casos—; en éstos, lo que predomina suelen ser las inhumaciones individuales de adultos en posición flexionada. En los cinco entierros secundarios que hasta ahora conocemos también es más frecuente la colocación de restos pertenecientes a una sola persona; se conoce, sin embargo, en el caso de Peña de las Trampas, Argentina, una acumulación de huesos pertenecientes a cuatro infantes, acompañados de múltiples objetos. Los siete contextos con restos cremados y expuestos al fuego, por su parte, dan cuenta de una amplia variabilidad de prácticas y se les ubica en zonas tan distantes como Colombia, Brasil,

Argentina, Chile y Perú: se localizó una fosa que contenía el esqueleto de un adulto expuesto al fuego en Pedra do Alexandre y en Huentelauquen se registró un depósito similar pero colectivo, con dos varones, una mujer y cuatro infantes, inmersos en una abundante capa de ornamentos de concha. Tenemos cremaciones individuales en Huichichocana, con un adulto; Tequendama, con un esqueleto parcial de la misma edad; Chueva, con los restos de un individuo igualmente maduro, y Jaywamachay, con el cráneo de un infante. Se observan, por último, depósitos secundarios de restos cremados en Tequendama, las falanges de un adulto, Guavio, con cinco adultos y tres infantes, y La Fundición, con tres adultos y un infante. Las publicaciones no suelen aportar muchos detalles respecto de la edad y el sexo de los individuos; se nota, no obstante, el notable incremento de la población infantil respecto del periodo anterior —pasando del 22% de la muestra, 2 de 9 individuos, al 38.4%, 20 de 52—. Lo llamativo en todo caso es que los restos de los infantes muchas veces se caracterizan por su tratamiento inusual, ya que en ellos el porcentaje de cremaciones es mucho mayor —65%—. El estarcido de ocre es sumamente infrecuente —sólo dos casos— y los objetos asociados no figuran en la mayor parte de los reportes; es llamativa, no obstante, la presencia de objetos dotados de cierto carácter estético —collares de concha y semillas, cueros pintados, plumas y lana en una canasta, capas de conchas, etcétera (véase el cuadro 7).

Así, pese a la semejante subrepresentación de la población, se observan tres notables diferencias en Sudamérica respecto de Norteamérica; el aumento de los restos expuestos al fuego —25 individuos, frente a 12—, el incremento en los depósitos colectivos —7 contra 2— y la mucho mayor proporción de infantes respecto del tamaño de las muestras disponibles —38.4% y 17.5%.

Los datos relativos al Paleoindio son demasiado escuetos como para poder establecer cualquier tipo de conclusión; llama, sin embargo, la atención el hecho de que prácticas tan distintas como la cremación y la inhumación primaria puedan presentarse en un mismo sitio y época, Upward Sun River, y que, en cambio, cuestiones como el estarcido de ocre puedan compartirse en regiones tan lejanas como Alaska y Brasil. Es como si las poblaciones de

este periodo hubieran compartido una cierta gama de variaciones posibles en cuanto a los tratamientos mortuorios y que la elección de una u otra forma hubiera dependido de circunstancias muy específicas. La reducción de la movilidad y los cambios en las estrategias económicas, que se atestiguan en el Arcaico Temprano, parecen haber tenido como consecuencia una mayor estandarización, encontrándose ahora sitios, como Marmes, en los que se observa la repetición de las mismas prácticas a lo largo de centurias; el ejemplo más evidente de esa regularidad y especificidad regional es, por supuesto, Lagõa Santa, donde, como veremos a continuación, se observan por primera vez patrones culturales claramente definidos.

Considerando la brevedad del tiempo en el que parecen ocurrir estos cambios y el hecho de que la formación de las tradiciones mortuorias coincida temporalmente con la emergencia de los primeros estilos rupestres, podemos considerar que también en América hubo de ocurrir una verdadera “revolución”; el asunto a considerar sería, entonces, si la hemos de pensar en términos puramente cognitivos o en los de una transformación sociocultural.

La invención de la cultura: Lagõa Santa y Chinchorro

La región de Lagõa Santa, por su parte, presenta, para el Holoceno inicial, al menos cuarenta y nueve individuos depositados en seis sitios a lo largo de mil setecientos años; a éstos se suman las sepulturas de Santana do Riacho, que, ubicándose a poco más de ochenta kilómetros de ahí; hubo de formar parte de una tradición afín.³³ Eso significa que, en conjunto, el número de restos humanos localizados en la zona —en tan sólo siete sitios— es, al menos, equivalente al del resto de Sudamérica; los datos disponibles no confirman la existencia de verdaderos cementerios, pero sí bastan para señalar una actividad funeraria mucho más recurrente. Todos

³³ Véase Menezes Strauss para un análisis completo de las prácticas mortuorias registradas en los más de 250 inhumaciones que se han registrado en la zona de Lagõa Santa. Menezes Strauss, *As práticas mortuárias dos caçadores-coletores...*

los depósitos mortuorios se localizaron al interior de abrigos rocosos y en fosas que en el 43.7% de los casos estaban cubiertas o revestidas con piedras. La mayor parte de las inhumaciones son individuales, treinta y tres, pero también se cuenta con seis entierros colectivos. La mayor parte de las fosas individuales —19 de 29— presentan entierros primarios, en posición hiperflexionada y, muy seguido, con epífisis intencionalmente dañadas; mientras que los depósitos secundarios se presentan tanto individualmente, en 10 casos, como de manera colectiva, en 6 ocasiones —los restos de cuatro individuos muestran además huellas de exposición al fuego—. Disponemos de pocos datos relativos al sexo de la población comprendida en la muestra, pero los datos respecto de la edad sugieren que, al menos en algunos momentos, se llegaron a aplicar tratamientos similares a los menores —lo que comprende el 26.5% de la muestra, 5 infantes, 2 neonatos y 6 subadultos—. Esporádicamente, algunos depósitos primarios y secundarios también fueron estarcidos con ocre. Se deduce, pues, la existencia de complejos rituales que hubieron de implicar un mínimo de dos fases; la del depósito de los cadáveres frescos, en un primer momento, y la de la remoción y reinhumación de los huesos descarnados, en el segundo. Las prácticas registradas en Santana do Riacho para este periodo —para el que se cuenta con ocho sepulturas— son muy similares; la salvedad es que, para este sitio, se cuenta además con un entierro colectivo primario que contenía restos de infantes y adultos (véase el cuadro 8).

El abrigo de Lapa do Santo parece especialmente significativo pues, además de concentrar a veintitrés individuos inhumados y dar cuenta de una muy amplia variedad de tratamientos mortuorios —remoción de dientes, mutilación, descarnado, decapitación, exposición al fuego y, posiblemente, antropofagia—, presenta una serie de grabados rupestres figurativos cuyo contenido parece vincularse con la vida y la fertilidad —animales, antropomorfos fálicos, elementos esquemáticos y una probable escena de parto—; éstos fueron datados en $9\ 680 \pm 50$ AP (véase la lámina 5).

Las lesiones *post mortem* que se registran en los esqueletos de Lagõa Santa recuerdan, de alguna manera, las múltiples y diversas agresiones que se cometían en contra de los cadáveres de los

potenciales vampiros en la Polonia postmedieval,³⁴ y probablemente tuvieran una intención similar.

Poco se sabe acerca de las poblaciones que ocupaban la región de Minas Gerais en la época de contacto con los europeos; sin embargo, los datos antropométricos disponibles apuntan hacia marcadas semejanzas con aquellos grupos de la familia macro-gê a los que los portugueses conocían como botocudos, por los discos labiales y auriculares que solían usar.³⁵ Las informaciones recogidas a fines del siglo XIX dan cuenta de una diversidad de acomodos mortuorios, cuerpos colocados extendidos o sedentes, por ejemplo; pero insisten en una cierta actitud de distanciamiento respecto de ellos, misma que se reflejaba en el abandono de las viviendas en las que se les depositaba o los fuegos que se mantenían sobre las sepulturas “aparentemente para ahuyentar a los malos espíritus”.³⁶ Esta misma propensión al alejamiento también sobresale en las etnografías realizadas entre los últimos sobrevivientes de tales grupos.

A partir de los huesos del cadáver el nandyóñ (fantasma, espectro) se forma [...] El nandyóñ reside en Kiyém pará `dn, que se encuentra bajo la tierra, donde el sol brilla cuando es noche sobre la tierra. Ahí los nandyóñ llevan una existencia más o menos semejante a la de los seres humanos vivos. El marét [especialista ritual] no les permite regresar de manera permanente a la tierra y los expulsa tan pronto como aparecen en ella. Sin embargo, llega a ocurrir ocasionalmente que los nandyóñ se manifiesten ante los vivos. A no ser que la persona que ve la aparición la mate valientemente o que, al menos, la azote vigorosamente, su muerte habrá de resultar.³⁷

³⁴ Tracy K. Betsinger y Amy B. Scott, “Governing from the Grave: Vampire Burials and Social Order in Post-medieval Poland”, *Cambridge Archaeological Journal*, v. 24, n. 3, 2014, p. 470.

³⁵ Lawrence G. Strauss *et al.*, “‘The Red Lady of El Mirón’. Lower Magdalenian Life and Death in the Oldest Dryas Cantabrian Spain: An Overview”, *Journal of Archaeological Science*, v. 30, 2015, p. 1-4.

³⁶ A. H. Keane, “On the Botocudos”, *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, v. 13, 1884, p. 208.

³⁷ Curt Nimendajú, “Social Organization and Beliefs of the Botocudo of Eastern Brazil”, *Southwestern Journal of Anthropology*, v. 2, n. 1, 1946, p. 107-108.

La práctica del segundo entierro ha sido frecuentemente registrada en las tierras bajas sudamericanas.³⁸ Considerando que múltiples pueblos amazónicos contemporáneos continúan viendo a los muertos recientes como enemigos y desarrollando procedimientos rituales para alejarlos, no sería descabellado imaginar que los más antiguos pobladores de Lagõa Santa, abrigando concepciones semejantes, hubieran optado por dañar los cadáveres para impedir que, al volver a la vida, perjudicaran a los vivos.³⁹

Poco menos de un milenio más tarde, las llanuras costeras chilenas y peruanas verían emerger otra de las tradiciones mortuorias sudamericanas de fuerte arraigo, la momificación.

Hacia 7 200 AP, se nota un importante cambio comportamental en las poblaciones pescadoras semisedentarias asentadas entre los valles de Azapa, Camarones y Lluta; si desde antes ya se notaba un cierto interés por preservar los restos de, al menos, algunos de sus difuntos, rigidizando sus cuerpos en fardos de piel de camélido —como en el entierro colectivo de Acha-3—, ahora se observa un verdadero proceso de “re-creación” de los difuntos a través del

³⁸ Alfred Métraux, “Rites de deuil et formes d’enterrement des Indiens d’Amérique du Sud (1947)”, en Mickaël Brohan, Jean-Pierre Goulard, Patrick Menget y Nathalie Pétesch (eds.), *Écrits d’Amazonie. Cosmologie, rituels, guerre et chamanisme*, París, Centre National de la Recherche Scientifique, 2013, p. 373-376.

³⁹ Para algunos ejemplos de sociedades amazónicas que tratan a sus muertos como enemigos, véanse, entre otros: Curt Nimendajú, *The Apinayé*, trad. de Robert H. Lowie y ed. de Robert H. Lowie y John M. Cooper, Oosterhout, Anthropological Publications, 1967, p. 146; Manuela Carneiro da Cunha, “Eschatology among the Krahó: Reflections upon Society, Free Field of Fabulation”, en Sally C. Humphreys y Helen King (eds.), *Mortality and Immortality. The Anthropology and Archaeology of Death*, Londres, Academic Press, 1981, p. 165; Isabelle Vidal Giannini, “Os domínios cósmicos: um dos aspectos da construção da categoria humana Kayapó-xikrin”, *Revista de Antropologia*, v. 34, 1991, p. 42; Anne Christine Taylor, “Des fantômes stupéfiants. Langage et croyance dans la pensée achuar”, *L’Homme*, v. 33, n. 2-4, 1993, p. 431-433; Jean-Pierre Chaumeil, “Entre la memoria y el olvido. Observaciones sobre los ritos funerarios en tierras bajas de América del Sur”, *Boletín de Antropología*, v. 1, 1997, p. 208; Eduardo Viveiros de Castro, *Araweté. O povo do Ipixuna*, Lisboa, Museu Nacional de Etnologia/Assirio & Alvim, 2000, p. 166; Carlos Fausto, “Fasting on People. Eating Animals and Humans in Amazonia”, *Current Anthropology*, v. 48, n. 4, 2007, p. 501; Odair Giralдин, “Morte e mortes Apinaje”, *Ñanduty*, v. 2, n. 2, 2014, p. 104.

trabajo comunitario.⁴⁰ Se seleccionan espacios específicos para el depósito de los fallecidos siguiendo patrones preestablecidos —infantes entre adultos, neonatos y fetos sobre el pecho de mujeres, inhumaciones colectivas formando filas— creando verdaderos cementerios en los concheros. De entre los diferentes miembros del grupo se selecciona a algunos —sobre todo infantes, en un 70%— para someterlos a un tratamiento mucho más elaborado: el cuerpo era desprovisto de la piel, los tejidos musculares y los órganos internos, incluido el cerebro, luego, era modelado en barro y cubierto con piel, teniendo especial cuidado en llenar las partes faltantes de piel perdidas en el proceso de desollamiento con trozos de piel animal; la parafernalia incluía una máscara, que mantenía cuidadosamente el orificio bucal y las fosas nasales, además de modelar los órganos sexuales, la momia terminada incluía una peluca confeccionada con cabello humano. La máscara y la posesión de una pigmentación inusual sugieren, pese a la preservación de los vínculos comunitarios un cambio en la identidad (véase la lámina 6).⁴¹

Tales prácticas recuerdan, evidentemente, a las del Perú prehispánico; una zona en la que la desecación de los cadáveres ya era practicada siglos antes de nuestra era. En la época de contacto, siglos XVI y XVII, se suponía que los fallecidos eran como granos

⁴⁰ En Acha-3 se encontró: “(a) una inhumación múltiple que se estructura a partir de individuos de distintas edades y sexos; (b) posición de enterramiento decúbito dorsal extendidos, con leves variaciones; (c) fardos funerarios elaborados en estera tipo *twining* y pieles de camélidos con la intención de rigidizar los cuerpos; (d) ornamentación de los individuos con cintillos cefálicos y probablemente faldellines; y (e) escasas ofrendas asociadas (*i. e.* anzuelo de hueso compuesto y hoja lítica); todos estos rasgos son típicos de la funebria Chinchorro”. Vivien G. Standen y Calogero M. Santoro, “Patrón funerario arcaico temprano del sitio Acha-3 y su relación con Chinchorro: cazadores, pescadores y recolectores de la costa norte de Chile”, *Latin American Antiquity*, v. 15, n. 1, 2004, p. 94.

⁴¹ Calogero M. Santoro *et al.*, “Rise and Decline of Chinchorro Sacred Landscapes along the Hyperarid Coast of Atacama Desert”, *Chungara*, v. 44, n. 4, 2012, p. 637-653; Marcela Sepúlveda *et al.*, “Óxidos de manganeso en el extremo norte de Chile: abastecimiento, producción y movilidad del color durante el periodo Arcaico”, *Chungara*, v. 45, n. 1, 2013, p. 143-159; Vivien G. Standen, Bernardo T. Arraiza y Calogero M. Santoro, “Chinchorro Mortuary Practices on Infants”, en Jennifer L. Thompson, Marta P. Alfonso-Durruty y John J. Crandall (eds.), *Tracing Childhood. Bioarchaeological Investigations of Early Lives in Antiquity*, Gainesville, University Press of Florida, 2014, p. 58-74.

por florecer que, ubicados en un nuevo asentamiento —el Pueblo de los Muertos Ayap llactan—, continuaban alimentándose con las ofrendas que sus deudos les ofrecían en pago por la fertilidad aportada a los campos de cultivo (véase el segundo capítulo, “La unidad diversa: un modelo taxonómico para las lógicas mortuorias”).

A manera de cierre: América insurrecta

Si comparamos nuestros datos con los usados por Mithen para la construcción de su propuesta,⁴² podemos encontrar varias similitudes; la duración de los periodos no es en modo alguno semejante pero, *grosso modo*, parecen seguir una estructura común.

Se parte, en primer lugar, de un momento en el que las evidencias de prácticas mortuorias, o de sofisticación cultural en general, son casi nulas; lo que, para el Viejo Mundo, comprende el Paleolítico Inferior y, para el Nuevo, el lapso que va del poblamiento al 13 000 AP. Luego vendría un tiempo en el que los depósitos de restos humanos, junto con las manifestaciones plásticas, sólo aparecen esporádicamente y de manera aislada; esto, supuestamente, se observa en los hallazgos de la Sima de los Huesos, la concha de Trinil, el “hashtag” de Gorham, el bloque de ocre de Blombos Cave y las primeras sepulturas de *sapiens* y neandertal, en Europa, Asia y África, y durante el horizonte Paleoindio en nuestro caso. Tendríamos, por último, un periodo en el que se reconoce en regiones específicas la emergencia de cierta especificidad cultural, visible tanto en el arte rupestre como en el ámbito funerario; esto es lo que se nota en el Gravetiense, Magdalenense y Epigravetiense europeos y en Lagõa Santa y, posteriormente, Chinchorro, en América.

La llamada revolución cognitiva no coincide con la aparición de nuestra especie, como apunta el propio Mithen,⁴³ y por consiguiente, la “explosión cultural” que él observa no hubo de depen-

⁴² Steven Mithen, “Paleolithic Archaeology and the Evolution of Mind”, *Journal of Archaeological Research*, v. 3, n. 4, 1995, p. 305-332; *The Prehistory of the Mind. The Cognitive Origins of Art and Science*, Londres, Thames and Hudson, 1999.

⁴³ Mithen, *The Prehistory of the Mind*, p. 11.

der exclusivamente de cambios biológicos. El autor atribuye dicha creatividad a la aparición del lenguaje complejo;⁴⁴ sin embargo, el hecho de que, esporádicamente, se encuentren evidencias de conductas simbólicas en periodos previos a la “revolución” muestra que dicha capacidad creativa ya estaba presente en la mente humana. Habríamos de pensar, entonces, en la preexistencia de una capacidad que no hubo de explotarse plenamente sino hasta que intervino un determinado detonante.

Las prácticas mortuorias, como el arte, son portadoras de múltiples significados; proporcionan información sobre la identidad de los difuntos, sobre sus vínculos, sobre su estatus y sobre las ideas que su grupo tiene acerca de la vida y la muerte. Para garantizar la comprensión del evento, es preciso que cada uno de estos tópicos se exprese mediante un código compartido; diríase que los funerales, en ese sentido, actúan como una suerte de lenguaje. El lenguaje sirve para pensar, como señala Adam Schaft,⁴⁵ pero, sobre todo, sirve para comunicar. En comunidades pequeñas y con poco contacto con el exterior el intercambio de ideas suele requerir de muy poca ostentación; muchos de los conocimientos son compartidos y bastan breves referencias para indicar el rol que cada uno de los sujetos desempeña. Pero, cuando las redes sociales se tornan más complejas y extensas, se vuelve necesario recurrir a elementos más visibles para definir el estado de las cosas; el estatus de las personas, la posesión de un sitio o territorio, la diferencia respecto de la alteridad, etcétera.⁴⁶

⁴⁴ *Ibidem*, p. 192.

⁴⁵ Adam Schaft, *Lenguaje y conocimiento*, trad. de Mireia Bonfil, México, Grijalbo, 1967.

⁴⁶ Martin H. Wobst, “Stylistic Behaviour and Information Exchange”, en C. E. Cleland (ed.), *For the Director: Research Essays in Honor of James B. Griffin*, Ann Arbor, Museum of Anthropology/University of Michigan, 1977, p. 317-342; Polly W. Wiessner, “Reconsidering the Behavioral Basis for Style: A Case Study among the Kalahari San”, *Journal of Anthropological Archaeology*, v. 3, n. 3, 1984, p. 190-234; Rebecca H. Schwendler, “Diversity in Social Organization across Magdalenian Western Europe ca. 17-12 000 BP”, *Quaternary International*, n. 272-273, 2012, p. 333-353; Roberto Martínez y Larissa Mendoza, “Mostrar y ocultar: el asunto de la caza en artes rupestres paleolíticos”, en *Mostrar y ocultar en el arte y en los rituales: perspectivas comparativas*, ed. de Guilhem Olivier y Johannes Neurath, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones

Los registros arqueológicos del Asia septentrional no muestran continuidad con los contextos conocidos para América; los datos genéticos, sin embargo, parecen apuntar hacia el origen común de sus poblaciones. Si este fuera el caso, habríamos de pensar que el paso por Beringia hubo de resultar en la relativa disminución de las expresiones de complejidad cultural que antes se habían reconocido. Entonces, si la capacidad mental para crear arte y depósitos mortuorios ya se había desarrollado al momento del poblamiento, habría que considerar que las razones de su aparente silenciamiento no son de orden cognitivo sino social y cultural; entre éstas, podemos considerar que, al disgregarse los grupos humanos por el Nuevo Mundo, se tornaron menos estables las formas de relación entre los distintos colectivos y los signos de identificación o diferenciación se volvieron menos relevantes. Las ideas que, entonces, hubieron de circular pudieron haber sido tan complejas como las de cualquier pueblo moderno; pero, al presentarse una socialidad muy difusa, prácticamente, no hubo necesidad de plasmarlas en forma duradera ni a través del arte ni del depósito de cuerpos en el espacio.

Haciendo una analogía con lo postulado por la Teoría Sintética de la Evolución,⁴⁷ podríamos pensar que, de haber existido un sustrato común (algo así como un genoma funerario paleoamericano), el Paleoindio hubiera sido un periodo en el que las ideas sobre la muerte daban lugar a múltiples mutaciones comportamentales que podían coocurrir a lo largo del continente. Luego, la reducción en la movilidad y el aumento poblacional, ocurridos en el Arcaico Temprano, habrían favorecido una mayor identificación al interior de los distintos grupos o regiones y una más evidente diferenciación respecto del exterior; este proceso podría ser visto como una suerte de deriva cultural (haciendo un paralelo con la deriva génica) en la que, al reducirse el intercambio entre poblaciones remotas, habrían terminado por predominar en regiones específicas algunas de las variantes que previamente se habían comenzado

Históricas, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2017, p. 56. Cuando las relaciones de grupo se extienden, también surge una mayor necesidad de diferenciarse culturalmente, lo cual se manifiesta en estilos regionales más definidos.

⁴⁷ Betty V. Smocovitis, *Unifying Biology: The Evolutionary Synthesis and Evolutionary Biology*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996.

a desarrollar. Así, aquello que antes parecía innecesario marcar de manera duradera, entonces, comenzó a tornarse cada vez más relevante.

El hecho de colocar difuntos socialmente vinculados con una comunidad en espacios específicos (pues asumimos que, por lo general, no se sepultaban desconocidos) sugiere el reconocimiento de los lugares como territorio; es decir, si no necesariamente como propiedad grupal, al menos, sí como algo ligado a la identidad. El arte rupestre no necesariamente parece haber proliferado en las mismas zonas que los depósitos mortuorios pero podemos reconocer en sus manifestaciones una intención similar, pues en ambos casos se trata de marcas en el entorno que se vuelven portadoras de sentido. El cambio, dicho de otro modo, tiene que ver con la necesidad de introducir contenidos en el espacio para cargarlo de identidad.

Tendríamos, pues, que los cambios ocurridos en los ámbitos rupestre y funerario se encuentran ligados a las transformaciones socioeconómicas que tuvieron lugar en el paso del Pleistoceno al Holoceno. De modo que, si hubiéramos de atribuir los orígenes de las tradiciones mortuorias americanas a una revolución cognitiva, tendríamos que pensar que tales cambios en las mentalidades tuvieron un importante componente social.

